cera, rumbo a España, en 1674, mas al pasar por Tepeaca, enfermó y murió allí doña Leonor Carreto y fué sepultada con gran pompa en la iglesia que los franciscanos tenían en aquel histórico lugar.

¡Extraña coincidencia! Este pueblo había sido tan antipático a la Marquesa de Mancera, que cuando se enfadaba con los que la importunaban, solía exclamar: "¡Vayan al rollo de Tepeaca!" (1).

Tan infausto acontecimiento arrancó a la lira de Sor Juana este soneto, en el cual, a través de sus conceptos gongorinos, se ve el hondo pesar que experimentó el amante corazón de la religiosa:

"Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean,
los ojos a quien privas de que vean
la hermosa luz que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste
ecos, que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.

(1) "Por rollo se entiende la picota, en donde poníanse los reos que eran castigados con sacarlos a la vergüenza y otras penas infamantes. En Tepeaca se construyó un rollo magnífico, que existe todavia". (Alamán).

Muévase a compasión la misma muerte
que, precisa, no pudo perdonarte,
y lamente el amor tu amarga suerte;

pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener ojos para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte".

VII

LA MARQUESA DE PAREDES

El tiempo, que cicatriza todas las heridas, fué mitigando la pena de Sor Juana, y cuando a fines de 1680, hizo su entrada a México el Virrey don Tomás Antonio de la Cerda y Enríquez de Ribera, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, escribió una composición con el título de "Neptuno alegórico, océano de colores", para adornar el arco triunfal erigido en el Empedradillo, profetizándole seguramente su corazón la grande amistad que había de unirla con los nuevos Virreyes. Quizá más que la Marquesa de Mancera, fué amada de la "Décima Musa", la Condesa de Paredes, doña María Luisa Gonzaga, hija de don Vespasiano Gonzaga, Príncipe de Guastala, de la Casa de Mantua, y de doña María Inés Manrique de Lara. Así como había dado a la primera el nom-

bre literario de "Laura", denominó Sor Juana a la Condesa su "Lysi" muy amada, y fué tan grande el cariño que le cobró, que son innumerables las composiciones de la poetisa a ella dedicadas, o que a ella hacen referencia.

"Puede decirse —dice Amado Nervo—, que no da un paso la Virreina, sin que la sigan los rasgados ojos de Sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi, con rimas resplandecientes. Va la Virreina a las huertas a divertirse con la amenidad del sitio, y Sor Juana compone una florida loa en que hablan Céfiro, Bertumno, Flora, Pomona, una ninfa de la Música, derrochando ingenio; otra loa en que hablan Venus, Belona, la Concordia, Ninfas, Amazonas y dos coros de música, celebra el cumpleaños del Virrey. Nace el hijo de éste, se bautiza y la monja derrama lirismos apropiados, en los que jamás se olvida de enderezar hermosas alusiones a Lysi".

Refiérese aquí el poeta al bautismo del hijo de Paredes, José María Francisco, nacido el 5 de julio de 1683, quien recibió las aguas bautismales el 14 siguiente en la pila de San Felipe de Jesús, de manos del Arzobispo de México y apadrinado por el Provincial de los franciscanos, Fray Juan de la Concepción, acontecimiento que fué celebrado con aparatosos fuegos de artificio, y banquete en

palacio, al que asistieron la Audiencia y Tribunales.

El Virrey, por su parte, no dejó de impulsar, en cuanto estuvo en su mano, la obra poética de la monja, mérito que, esperamos, recompensará los errores de su gobierno, ya que, al decir de algunos historiados, éste no fué del todo feliz.

En noviembre de 1686, entregó el mando el Marqués de la Laguna a su sucesor, don Manuel de Potocarrero Laso de la Vega, Conde de la Monclova (alias "Brazo de plata", por tener el derecho, que había perdido en una batalla, de este metal), casado con doña Antonia Jiménez de Urrea, Clavero y Sessé, hija de los Señores de Belbeder, Condes de Aranda; pero permaneció en México hasta el 25 de abril de 1688, y cuando, en 8 de julio de ese año, se celebró el casamiento de don Juan Antonio de Vera con la hija del oidor Rojas, dióse el raro caso de servirle de padrinos los cuatro Virreyes; pero esta circunstancia no fué de buen agüero para los nuevos esposos, puesto que el 27 siguiente, falleció el de Vera.

Partieron, pues, los Condes de Paredes y "mucho número de carrozas los fueron a dejar hasta Guadalupe, con muchas lágrimas de la Virreina" —dice Robles; pero mientras viva en México la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz,

vivirá también la memoria de Lysi, a quien tanto amó.

En España, la Condesa de Paredes fué Camarera Mayor de la Reina doña Mariana de Austria. Tomó el Partido del Archiduque Carlos en la guerra de sucesión, y en 1713 salió de España para no volver más; murió en 1721. Don Juan Camacho Gayna, Caballero de Santiago, le dedicó la edición que hizo de las Poesías de Sor Juana, en Madrid, en 1689.

VIII

LA CONDESA DE GALVE Y LAS DUQUESAS DE ATLIXCO Y ALBURQUERQUE

Como era tan pacífica la vida colonial de México, sobre todo comparada con la de las Cortes de Madrid y de Versalles, las esposas de los Virreyes, especialmente a fines del siglo XVII y principios del XVIII, tuvieron pocas oportunidades para lucir, socialmente hablando. Los saraos y besamanos en palacio, las funciones religiosas, las visitas a los conventos, los días de campo en San Angel o San Agustín de las Cuevas, con una que otra excursión a Guadalupe o los Remedios, llenaban la vida de aquellas damas, vida

que si carecía de emociones fuertes, abundaba, en cambio, en suaves goces que hacían a las Virreinas cobrar gran afecto a México, al grado que, cuando terminaba el período de gobierno de sus maridos, partían generalmente en medio de copiosas lágrimas. La sociedad de entonces, por su parte, no dejaba de encariñarse con sus gobernantes; de manera que solían ir a despedirlos, con marcadas muestras de afecto, hasta San Agustín, Guadalupe o la Piedad, la Real Audiencia, los Tribunales y las personas más prominentes de la capital.

* * *

Muy devota de la Virgen de los Remedios fué la esposa del trigésimo Virrey Conde de Galve, doña María Elvira de Toledo, hija del Marqués de Villafranca. En 1690 fué a ese Santuario a pasar una temporada que duró desde el 24 de agosto hasta el 17 de octubre, y obsequió a la imagen —según Robles—, con "una lámpara y ornamento que costó tres mil pesos".

El día del famoso tumulto de 1692, "la señora Virreina —dice un testigo presencial— también había salido aquella tarde a la catedral a visitar a nuestra Señora de los Remedios, que se

había traído, en rogativa por agua.....; y esta devota diligencia hecha, se fué a pasear al campo, lo que sobró de tarde; y volviendo de paseo por la calle de San Francisco, que desemboca en la plaza, entraron en ella, y sin duda perecería con la parte que la acompañaba de su familia, si dos buenos hombres no la avisaron del riesgo a que iban; y tomando la vuelta (que siendo de seis mulas no lo pudieron ejecutar en menor calle) el coche, y noticiada S. E. hallarse el Señor Virrey en San Francisco, hizo llegar a su portería el coche, y no tan sin susto, que número considerable de tumultuados, conociéndole, no se arrojasen a él con amenazas y silbos; mas fué Dios servido que, fuera del susto que se puede considerar, no experimentase más daño S. E. ni la familia que la acompañaba".

En el incendio que pusieron los sublevados al Real Palacio, sufrió la Virreina grandes pérdidas, a pesar de los esfuerzos hechos por una de sus criadas, llamada Ana Rufel, "a quien fué menester con violencia sacar la primera vez del fuego por apartar de él lo que podía, y quien desde las casas arzobispales se volvió al peligro por cuidar de la hacienda de sus amos".

Siete años más tarde, de regreso ya en España, la Condesa de Galve mandó hacer solemne función

de gracias a la Virgen de los Remedios, por haber salido ilesa del ataque que le opusieron los franceses a la flota en que había hecho el viaje.

* * *

Aparte de haber sido una dama imperiosa y altiva, poco se sabe de la Virreina doña María de Guzman y Manrique, de los Duques de Sessa, segunda esposa de don José Sarmiento de Valladares (posteriormente primer Duque de Atlixco), viudo de doña María Jerónima Moctezuma Jofre de Loaiza, cuarta nieta del infortunado Emperador de México, y tercera Condesa de Moctezuma. Por cierto que la hija única de este primer matrimonio, doña Francisca Dominga, murió de viruelas el 16 de julio de 1697, y fué sepultada con gran pompa en la iglesia de Santo Domingo, en la capilla dedicada a la Virgen de los Dolores, que tenía esta inscripción: "Capilla de Don Pedro Montezuma, Príncipe heredero de Montezuma, señor de la mayor parte de la Nueva España".

* * *

En cuanto a la Duquesa de Alburquerque, do-

ña Juana de la Cerda y Aragón (hija del octavo Duque de Medinaceli), con motivo de cierto sonado matrimonio, que más adelante relataremos, riñó en una ocasión con su marido; pero era en alto grado caritativa, puesto que solía hacer frecuentes visitas a los hospitales, especialmente al de San Juan de Dios, en donde asistía personalmente a los enfermos, consolándolos y haciéndoles obsequios de dinero. Trajo consigo de España a su hija pequeña llamada Ana Catarina, y el domingo 15 de julio de 1703, "a las cinco de la tarde —dice Robles—, fué el Señor Arzobispo al palacio real a confirmar a la niña hija de los Señores Virreyes; estaban ya allá, los Señores de la Audiencia, Tribunales y Caballeros y sus mujeres: fueron asistentes de su Ilma. los Señores Deán y Arcediano; fué la función en el Oratorio, donde estaban puestos aparadores de piezas de plata dorada y muy ricos paños de manos. Fueron padrinos el padre Fr. Juan de San Bernardo, religioso sacerdote de San Juan de Dios, y la dueña doña Clara. Al tiempo de quererla confirmar levantó tal llanto, que obligó a sus padres a llorar también, y teniéndola de los brazos se consiguió, habiéndose leído antes las letanías o católogo de los nombres, que fueron cincuenta y tres, los primeros fueron Ana María de San José y Francisca Javiera; en el ínterin se

dispararon cuatro pedreros, y se hizo salva tres veces. Acabada la confirmación, hubo, aguas, dulces, chocolate y música".

La esposa del trigésimo quinto Virrey, Duque de Linares, quien sucedió al de Alburquerque, fué doña María de Castro y Silva, hija del Marqués de Guvea, pero no vino a México. Los Marqueses de Valero y Casafuerte fueron solteros, y no se sabe que fueran casados ni el Duque de la Conquista ni el Conde de Fuenclara.

IX

LA CONDESA DE REVILLAGIGEDO

El primer Conde de Revillagigedo, don Francisco de Güemes y Horcasitas, cuadragésimoprimer Virrey, tuvo por esposa a doña Antonia Ceferina Pacheco de Padilla y Aguayo, dama severa y no poco altiva. Aficionada a la buena música, asistía todos los viernes de cuaresma a los **misereres** que con gran solemnidad y arte entonaban los carmelitas en su convento; y en semana santa, con sus hijas y damas a su tribuna de catedral, para escuchar sin ser vistas el coro de la

capilla, dirigida por el maestro don Ignacio Jerusalén, afamado músico de su tiempo.

Agradábanle también los paseos campestres a Ixtacalco y puntos cercanos, y muy especialmente al Palacio que en Tacubaya construyera el Arzobispo Vizarrón "con sus primorosos jardines, fuentes, y arboledas de crecidas huertas"; así como las visitas a los conventos. El día 10 de septiembre de 1754, por la tarde, "S. E. acompañado de la Excma. Señora Virreina —dice Castro Santa Anna—, los señoritos su hijo e hijas, sus damas, varios caballeros y familiares, entraron en el convento principal de nuestro padre San Francisco, porque dicha Excma. Señora deseaba verlo por ser el más capaz y hermoso de esta ciudad; lo circumbalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquitectura. Gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron después a hacer mansión; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les ministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demás prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron a su palacio".

Como gran dama que era, celebraba la Virreina los santos de los reyes y los suyos propios con ceremoniosos besamanos y saraos.

En octubre de 1755, tocando a su término el gobierno del Conde y llegado el momento de partir, empezaron los Virreyes a despedirse de sus amistades y, al hacerlo del Arzobispo, tanto éste como Revillagigedo se enternecieron por el gran aprecio que mutuamente se tenían; abandonó primero la capital la Condesa con sus cinco hijas, sus damas y criadas, acompañadas hasta Guadalupe por las esposas de los ministros —"y más hubieran sido si su genio hubiera sido más sociable y cariñoso"— con el objeto de oír misa en aquel santuario. Hízolo con gran devoción, y después quiso besar la milagrosa imagen, para lo cual fué preciso quitar el cristal que la cubría. Tanto a su partida como a la del Virrey, efectuada a las tres y media de la tarde, disparóse una salva de pedreros. Reunidos los esposos en Guadalupe, emprendieron el viaje a la hacienda de Tepetates, propiedad del calatravo don Jacinto Martínez de Aguirre, en donde permanecieron hasta la entrega del mando al nuevo Virrey, Marqués de las Amarillas, ceremonia que se verificó en Otumba; el 10 de diciembre prosiguieron pa-

ra Jalapa, y embarcáronse el 9 de abril siguiente en el navío de guerra "América".

Aunque los Condes de Revillagigedo reunieron un gran caudal, al grado de que para cargar su equipaje, necesitáronse más de doscientas mulas, la sabia administración del Virrey fué de mucho provecho para la colonia; y su esposa, entre otros rasgos de desprendimiento, regaló al Sagrario la mejor de sus estufas, para que sirviera para llevar el Viático a los enfermos.

X

LA MARQUESA DE LAS AMARILLAS

Don Agustín de Ahumada y Villalón tuvo por esposa a su sobrina doña Luisa María del Rosario de Ahumada y Vera, en su propio derecho Marquesa de las Amarillas (1), dama en alto grado afecta a la ostentación y al lujo. Nombrado cuadragésimosegundo Virrey de la Nueva España, se embarcó con su mujer en Cádiz, y

(1) Castro Santa Anna la denomina "Doña Merced Luisa de Bruna y Ahumada", pero, según la irrefutable autoridad de Fernández de Bethencourt, llamábase María del Rosario de Ahumada y Vera, y era hija única del primer Marqués de las Amarillas, don Francisco Pablo de Ahumada y Mendoza, Villalón y Narváez y de doña Catalina de Vera y Leyva.

en el navío "America", el 4 de agosto de 1755. Don Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, que formaba parte del séquito, escribió una relación del viaje en pésimos versos, que hizo imprimir más tarde en México, con el título de "Diario Notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas", y por dicha obra sabemos que el día 14 llegaron a Canarias, y cinco después, decidieron los marineros hacer una fiesta en honor de los Marqueses, y vistióse uno de ellos de Neptuno, pero ni éste ni los doce de su comparsa

"hicieron cosa que notable fuesse,
ni que con gracia alguna divirtiesse".

Más afortunadas estuvieron las damas y los pajes de la Marquesa el día 25, cuando representaron con buen éxito un entremés, un paso de comedia y una loa, escrita ésta expresamente por un Padre Ronda, que se hallaba a bordo. Procuraban, pues, aminorar el tedio de tan largo viaje con fiestas semejantes, pero la dama sufría contínuamente "muchíssimo mareo".

El 5 de septiembre avistó el "América" la Isla del Tabaco; el 14, con un calor sofocante, arribó a Cuba; el 22 pescaron los marineros "her-